

comenzaron por hablarles de la felicidad, de la tranquilidad económica y de la paz militar. Para eso se proponían acabar con la lucha de las clases, mientras extirpaban éstas para crear otras... Mas no bien han llegado al poder estos dirigentes, cuando ya han olvidado toda doctrina y promesa, y sólo se han interesado por conservarse en el poder. Y la demagogia se convierte entonces en demofobia que avasalla, y, avasallados los pueblos, ya no pueden reaccionar.

Esto es, pues,—sigo anotando,—lo que se me va presentando a medida que, en esta primera etapa de mi viaje en que apenas estoy pasando del interior de mi espíritu al exterior del mundo, voy avanzando. Me basta mirar a los países donde se acusa con mayor crudeza lo que así percibo, para comprender cuán ineludible es, en el momento por donde está pasando la humanidad, el descenso en que ha caído la dignidad del hombre que venía formándose como representante, como tipo de una cultura. ¿Qué, si no, es lo que se está cumpliendo en Rusia, qué lo que en Italia, por ejemplo, los países más exaltados de los regímenes novísimos? Precisamente la reducción del hombre, después de haberse hecho de él un autómatas, una máquina, un factor bruto que se aprecia cuantitativamente por su mayor o menor rendimiento, al papel de turiferario cuya única ocupación fué del trabajo debe ser cantar himnos